

**GLOBALIZACIÓN Y VIOLENCIA
CONTRA LAS MUJERES**

Victoria Sendón de León

Globalización y violencia contra las mujeres

“A mitad del camino de la vida/ en una selva oscura me encontraba/ porque mi ruta había extraviado...” Con estas palabras comenzaba el Dante su *Divina Comedia*, inmerso en aquella selva oscura que era el siglo XIV, el tiempo en el que se descomponía la Edad Media entre pestes y guerras sin que ninguna luz nueva se filtrara por el horizonte. Y sin embargo, allí, junto al Arno, en aquella ciudad pionera que sería Florencia, recluido en su laberinto, Dante Aligheri comenzaba a trazar el camino de una nueva era: el Renacimiento, y con él, la Modernidad.

Es curioso y significativo que en aquellos siglos de recuperación del clasicismo pagano en los que se volvía a recurrir al pensamiento frente a la fe, en los que la Ciencia se distanciaba del oscurantismo medieval y florecían aquellas ciudades bulliciosas y ricas en las que los burgueses sustituían a los siervos de la gleba y los marinos y exploradores abrían rutas hacia el Nuevo Mundo y el Extremo Oriente, es curioso que en aquella explosión de vida, en aquel amanecer de una época más liberal y liberadora se recrudeciera, con una saña mayor que nunca, la terrible caza de brujas. Tan terrible que en la Europa moderna, a lo largo de cuatro siglos, fueron quemadas hasta nueve millones de mujeres en una orgía colectiva que no puede explicarse racionalmente.

Es tan difícil de explicar como que ahora mismo, después de la Revolución Francesa, que promulgó los derechos del ciudadano al grito de “libertad, igualdad y fraternidad”; que después de la declaración, en el siglo XX, de los “Derechos Humanos” y de la consecución de la democracia en la mayoría de los países, las mujeres sigamos siendo las víctimas de una violencia sorda, sin sentido, sin explicación aparente.

¿Qué ha pasado? ¿Qué está pasando? Vandana Shiva, una ecofeminista de origen hindú, lo explica muy claramente al señalar que fue en aquella época, con el despertar de la nueva ciencia, cuando se establecieron las bases para una dominación más explícita aún de las mujeres y de la Naturaleza. Si en la Edad Media un poder teocrático nos dominaba y excluía en nombre de Dios, en el Renacimiento se comenzó a hacer lo mismo en nombre de la objetividad científica.

Vandana Shiva, en su obra *Abrazar la vida*, plantea cómo en el siglo XVI Roger Bacon –padre de la ciencia moderna- hizo triunfar sus tesis de dominio de la Naturaleza, proponiendo los nuevos métodos científicos como “los tiempos del nacimiento del poder masculino”, que crearían una nueva raza de héroes y superhombres que dominaría la Naturaleza y la sociedad. Y luego, en *la Nueva Atlántida*, soñaba una sociedad utópica desde la que científicos del sexo masculino dominarían y tomarían decisiones fundamentales, resolviendo qué secretos serían revelados y cuáles quedarían como propiedad privada del instituto “Solomon’s House”.

Triunfó esta tendencia frente a las tesis de Paracelso, cuya visión pasaba por la armonización de lo masculino y de lo femenino, que consideraba la Naturaleza como un todo vivo, como un organismo en el que todas sus partes estaban interrelacionadas. Cuando sus libros iban a ser quemados en la plaza pública por mandato de la Inquisición, Paracelso proclamó que eso no tenía ninguna importancia, ya que todo lo que sabía lo había aprendido de las brujas, es decir, de las “mujeres sabias”.

Pues bien, aquel “orden masculino”, que existía desde mucho antes, ha ido tomando diversas formas y ha llegado a sus cotas de máxima expansión con la Globalización, en un momento histórico en el que la

realidad se nos muestra en toda su crudeza y el triunfo de aquella masculinidad amenaza con dominar la Tierra y someter a las mujeres al hilo de sus deseos más perversos.

La Globalización es un fenómeno nuevo debido a la mundialización de las comunicaciones y a la expansión informática, lo que ha permitido a un capitalismo avanzado las transacciones especulativas en tiempo real. Las bolsas del mundo trabajan las 24 horas del día, transfieren enormes cantidades de dinero que enriquecen a pocos y hundén a países enteros, cuyas primeras víctimas son los más pobres, de los que el 80% son mujeres. El capitalismo ha conseguido poner en marcha un mercado sin leyes permitido por una ideología neoliberal, cuya política consiste en privatizar todo lo que antes era patrimonio del Estado. Este fenómeno también ha sido favorecido por la caída del bloque del Este que ha puesto en bandeja al neoliberalismo todo un mundo para devorarlo a sus anchas. Por otro lado, los grandes organismos internacionales, como el FMI y el BM, otorgan préstamos a los países a cambio de ajustes estructurales que recortan salarios, prestaciones laborales y presupuestos dedicados a los servicios públicos como la sanidad, la educación y los transportes. En la caída de las barreras en función del mercado, las fronteras se han hecho más permeables y ahora resulta mucho más fácil mercadear con todo: órganos humanos, prostitución, esclavismo sexual, tráfico de personas, pornografía, armas y drogas constituyen los negocios más suculentos. Todo está permitido porque el único objetivo de nuestro mundo globalizado es ganar dinero. Ya no sabemos ni para qué, pues como dijo Lacan el deseo no tienes límites ni objeto. Y precisamente el dinero es lo más abstracto que existe, aquello que se puede acumular indefinidamente sin ningún otro objetivo que seguir alimentando una

ambición desmesurada, un desorden profundo de la personalidad, una personalidad enferma que ha sido aupada al podio como paradigma del triunfador en el abyecto orden patriarcal.

Junto a esa concepción de acumulación monstruosa del capital se reafirma un concepto de desarrollo que destruye más y más la Naturaleza, desplaza a las personas de su medio ambiente y empobrece hasta el infralímite a las mujeres, que hasta ahora son las que han mantenido la subsistencia en el Tercer Mundo. El desarrollo se ha entendido según una perspectiva masculina que prima la productividad sobre cualquier otro concepto. La privatización de la tierra, allí donde era comunal y servía para la subsistencia diaria, se utilizó para hacerla productiva económicamente, desplazó a las mujeres y las desposeyó de sus derechos tradicionales al uso de esa tierra. A los grandes monocultivos la multinacional Monsanto les está vendiendo semillas del tipo *Terminator*, que no pueden reproducirse de una generación a otra, sino que en cada estación hay que comprarlas de nuevo, lo cual hace peligrar la provisión mundial de alimentos. Producen plantas estériles que pueden extenderse a los cultivos circundantes o a todo el entorno natural como una plaga. Teniendo en cuenta que el 70% de los campesinos de pequeñas explotaciones son mujeres, este cambio podría dejarlas inermes ante el futuro junto con su producción, que constituye la base alimentaria de todos nosotros. La propia Monsanto considera la crisis de la contaminación y el agotamiento de los recursos acuíferos como una gran oportunidad de beneficios y ya ha comenzado a privatizar las aguas. Con este prometedor negocio proyecta obtener unos ingresos de 420 millones de dólares de aquí al año 2008 con sus enormes presas construidas en India y México.

El desarrollo entendido de ese modo agresivo y estrictamente productivo ha conseguido convertir la pobreza como subsistencia en miseria como privación. Dice al respecto Vandana Shiva: *“Se considera pobres a las personas que comen mijo (cultivado por mujeres) en vez de los alimentos preparados que se producen y distribuyen comercialmente y los venden ciertas firmas dedicadas a negocios agrícolas que operan en todo el mundo. Se las considera pobres si viven en casas construidas por ellas mismas con materiales naturales como el bambú y el barro en vez de vivir en casas de cemento. Se las considera pobres si usan prendas de vestir hechas a mano con fibras naturales en vez de sintéticas. La subsistencia, como pobreza percibida culturalmente, no necesariamente implica una baja calidad material de vida”*. Al querer eliminar este tipo de pobreza digna en nombre del desarrollo, se ha hundido a las gentes en una miseria de privación por no tener dinero para adquirir los nuevos productos, porque ese desarrollo no atiende a las necesidades reales, sino a la productividad agresiva de introducir nuevos productos y de explotar hasta el máximo los recursos naturales para producir beneficios.

Así pues, la globalización económica ha acentuado estas tendencias ya existentes, pero que ahora resultan mucho más fáciles de llevar a cabo por la permisividad de los gobiernos y de las leyes: *“Esto implica en primer lugar que las categorías de ‘productividad’ y ‘crecimiento’ que se han considerado positivas, progresistas y universales son, en realidad, restringidas categorías patriarcales”*, escribe de nuevo Vandana Shiva, apuntando a que la violencia que sufrimos las mujeres y la Naturaleza no es una violencia coyuntural ni privada, sino una violencia estructural y generalizada que se manifiesta en todos los niveles de la realidad. Las estadísticas resaltan que una de cada tres

mujeres en el mundo han sufrido malos tratos porque se restringe ese concepto a la violencia doméstica, pero existe una violencia política y económica que nos afecta a tres de cada tres mujeres. Nos afecta porque va directamente contra nosotras y contra la vida. La evidencia más patente de esta locura se manifestó en la concesión del premio Nobel en 1987 a Robert Solow por su teoría del crecimiento basado en la posibilidad de prescindir de la Naturaleza. Para él: *“El mundo puede, en efecto, progresar sin recursos naturales, por lo tanto el agotamiento es sólo un acontecimiento, no una catástrofe”*. Y en ese prescindir de la Naturaleza estamos incluidas las mujeres, que es a lo que apunta la tecnología de clonación de seres humanos.

La efímera esperanza de que el atentado del 11-S fuera a cambiar el rumbo de la política económica mundial para combatir las causas profundas de ciertos terrorismos se ha desvanecido. Se acaba de celebrar en Dohá (Qatar), en noviembre del 2001, la cumbre de la Organización Mundial del Comercio (OMC) bajo la dirección de Mike Moore, un personaje del clan Bush, y el resultado ha sido desolador, ya que las “novedosas” propuestas han retomado la línea de seguir mercantilizando todo el planeta: productos y servicios, objetos inanimados y seres vivos. La única tímida concesión a los países pobres ha sido la de fabricar genéricos más baratos para combatir ciertas enfermedades también genéricas como el sida. A cambio se ha profundizado en el “Acuerdo General relativo al comercio de servicios”, que supone la paulatina privatización del sector público; ha habido una coincidencia básica sobre el modelo industrial-productivista de la agricultura y se ha impuesto el Acuerdo sobre derechos de propiedad intelectual ligados al comercio, que permite patentar todo lo relacionado con los procesos biológicos y ponerlos en el mercado. Por si quedaban dudas sobre el

liderazgo en todas estas directrices de los EE.UU., Zoellik, el representante especial de ese país para la Cumbre, ha declarado que “el comercio promueve los valores por los que estamos haciendo esta guerra”. Y Colin Powell añade que “los gobiernos tienen la obligación de ajustarse a las pautas que marca el mercado”. Ya sabemos, pues, para qué sirven las guerras. Pero lo más desalentador es que el 85% de las ONGs que han participado representaban a los *lobbys* de las multinacionales, síntoma de que la sociedad civil también está siendo cooptada para los objetivos globalizadores del mercado.

Otra de las lacras más violentas del Patriarcado global es la prostitución. Este oficio, como lo definen, existe desde que los templos de Venus fueron tomados por un colegio sacerdotal masculino y comenzaron a cobrar por los rituales eróticos de las mujeres consagradas a esta Diosa. Ellos fueron los primeros proxenetas. Ahora, con la globalización del tráfico de personas, un gran número de mujeres son literalmente secuestradas y vendidas para ejercer un oficio realmente humillante para todas nosotras. A mí me extraña muchísimo que el movimiento feminista no esté mucho más comprometido contra esta violencia de género. Tal vez por una concepción errónea del concepto de libertad como si las mujeres fueran realmente libres en esa compraventa o alquiler de sus cuerpos. El 86 por ciento de las mujeres que en Madrid se dedican a la prostitución son inmigrantes y más de un 95 por ciento lo hacen para poder pagar su rescate a las mafias, mientras lo que se define como prostitución voluntaria o de alto *standing* sólo alcanza la proporción de un 5 por ciento. Pero lo más alarmante es que los delitos relacionados con el proxenetismo hayan crecido, hasta el mes de junio pasado, un 70 por ciento.

Siempre recordaré el testimonio de una mujer anónima marroquí recogido en junio del 2000 en el diario EL PAÍS. Con treinta años y una licenciatura en lengua inglesa, después de llamar a miles de puertas en su país, sólo le quedaba venir a España a lo que fuera. Desde aquí le propusieron un contrato de trabajo. *“Efectué los trámites necesarios. Curiosamente, me fue fácil obtener mi visado de entrada. ¿Saben por qué? Porque iba a trabajar como señorita de alterne en un bar”*, escribe esta mujer en un periódico marroquí. Según ella, el solícito empleado de la embajada que le facilitó el visado le susurró: *“No hay ningún problema, porque nuestro mercado necesita este tipo de mercancías”*. Y en un relato desgarrador, ella continúa: *“La única puerta que se me ha abierto es la que me lleva a abrirme de piernas para acoger las flechas podridas de Castilla. Traspasarán mi cuerpo, herirán mi alma y bombardearán mi vagina con su esperma mezclado con orina”*. Luego concluye llena de un lógico resentimiento: *“Nunca perdonaré a quienes nos han obligado a sacrificarnos en el altar de las mujeres secuestradas por el mercado europeo del sexo”*.

Podría añadir miles de ejemplos que ilustraran cómo está afectando a las mujeres esta globalización sin alma que nos golpea, humilla y sacrifica en el altar del sexo, del desarrollo, de la pobreza, del paro o del trabajo esclavo mientras los políticos miran hacia otra parte, mientras hacen propaganda de un patriotismo criminal basando toda la grandeza de la nación en la competitividad, que no significa otra cosa que rentabilizar cualquier tipo de situación para que produzca beneficios sin atender a su origen. Esa constituye una de las características más crueles de la globalización económica, mientras se sigue sin globalizar la educación, la sanidad, los derechos humanos o el trabajo.

Y este es el mensaje central que deseo comunicaros, que la violencia, en todas las épocas del Patriarcado, es una violencia estructural, que forma parte de su razón de ser. Ahora mismo se está escenificando delante de nuestras narices el modo extremo de esa violencia en una guerra entre tribus salvajes y modernos ejércitos que matan con la misma saña. Una guerra en la que las principales víctimas son las mujeres, en cuya ayuda nadie levantó la voz, salvo las feministas, pero que movilizó a la ONU y a su presidente cuando se volaron unos cuantos budas de piedra. Pues bien, esta violencia estructural es de los hombres contra la Naturaleza y contra las mujeres, cuyos casos particulares de violencia doméstica no hacen más que confirmar una ley general: que el machismo mata, destruye, prostituye, empobrece, ignora, humilla y odia a las mujeres, a todas las mujeres del mundo.

Comencé con el ejemplo del Renacimiento para ilustrar cómo un gran salto de la humanidad convivió con la más sanguinaria caza de brujas, igual que ahora. El gran crecimiento económico de la segunda mitad de los noventa sólo ha servido para empobrecernos y excluarnos más. ¿En qué consiste, pues, esta extraña ecuación? Cada época boyante o gloriosa de la Historia no lo ha sido en la misma medida para las mujeres. Ahora, que estamos más preparadas que los hombres, resulta que nos afecta mucho más el paro. Cuando el acceso a puestos relevantes depende sólo de nuestro propio esfuerzo lo conseguimos como, por ejemplo, las plazas de la judicatura: actualmente existen más mujeres jueces en España que hombres; pero cuando depende de la voluntad política, como el nombramiento de los miembros del Consejo General del Poder Judicial, entonces sólo una mínima representación de mujeres accede a ese organismo. Igual sucede en la Universidad, en la que la endogamia de las diversas tribus de machos impiden sistemáticamente el

acceso de las mujeres a la titularidad de las cátedras. O las mujeres escritoras, que ya son legión, difícilmente serán propuestas para ingresar en la Real Academia de la Lengua. ¿Conclusión? Que no podemos apoyarnos ni esperar en la intermediación de los hombres con “su” mundo. Los planes de igualdad de oportunidades no son más que una filfa, un simulacro para que los políticos se laven la cara en una especie de declaración de principios sin contenido. Por eso las mafias proliferan, porque el Patriarcado en sí constituye una gran mafia, mientras que nosotras seguimos siendo carne de cañón de todos los desmanes.

Creo que actualmente existe un sentimiento generalizado de que estamos viviendo un momento histórico decisivo y más desde el acontecimiento de las torres gemelas de Manhattan. Ya se está hablando de que necesitamos un nuevo modelo científico, político y social para resolver los nuevos problemas de un mundo globalizado, porque los antiguos paradigmas ya no nos sirven. Pero nadie habla de que ese viejo paradigma no es otro que el obsoleto sistema patriarcal ni de que la solución de los nuevos problemas y situaciones pasa por la superación de ese modelo de dominación, cuyos pilares básicos han sido y son la opresión de las mujeres, la agresión a la Naturaleza y la solución de los conflictos por la guerra, que no soluciona nada porque es parte del problema.

Para dar un salto cualitativo en esa dirección, las mujeres tendríamos que superar un tabú que nos paraliza. Se trata de un tabú que señalaba Shere Hite hace poco en un artículo como “el tabú de la lealtad entre mujeres”: *“El desprecio hacia los grupos exclusivamente femeninos nos indica que existe un tabú oculto, aunque ese tabú no tenga nombre (todavía). ‘Lesbiana’ es el coco que se emplea para intimidar a las mujeres que pudieran intentar*

establecer relaciones prioritarias con otras mujeres, sea en los negocios, la política o, simplemente, para comprar un piso con una amiga". Y esto, añadido, en contraste con los hombres, que se enorgullecen de trabajar con otros hombres, de su camaradería y de su complicidad en los negocios, en la política o en el deporte. Sólo las feministas recalcitrantes tenemos el valor de reunirnos sin complejos, de defender a las mujeres o de otorgar más autoridad a una mujer que a un hombre en igualdad de circunstancias. Pero eso se considera poco moderno, tics de gueto o cosas de lesbianas. Muchas mujeres se pasan la vida haciendo concesiones a los hombres y compitiendo con otras mujeres; en el fondo son unas pobres acomplejadas que nos dificultan a las demás el acceso a esa unidad que en este momento es urgente.

Con frecuencia podemos leer en los diarios noticias que se refieren a la lucha o a los triunfos de las mujeres, pero siempre de modo individual. Estamos luchando, superándonos y evolucionando, pero solas, cuando lo colectivo es lo que propiciaría el gran cambio. Por ejemplo:

- "Barbara Lee, una congresista californiana ha sido la única representante de la Cámara que ha votado en contra de la guerra".
- "Naomi Klein ha pasado de adolescente obsesionada por las marcas a referente de la antiglobalización. Es autora de 'No-logo', el libro de cabecera de muchos jóvenes que no se sienten identificados con el capitalismo y las grandes empresas".
- "Phoolan Devi, la legendaria reina de los bandidos de India, ha sido asesinada por haberse atrevido a ser un símbolo del desafío, de la venganza y de su sexo".

- “Sor Dorothy Hennesey, de 88 años, ha sido condenada a seis meses de reclusión por manifestarse contra el Ejército de los Estados Unidos acusándolo de entrenar a dictadores y torturadores de América Latina”.
- “Con 36 años, Amy Dean ha conseguido llegar a la cúpula del poderoso sindicato AFL-CIO y revitalizar el movimiento obrero”.
- “Una rusa de veinte años, Iveta Gerasimchuk, se ha impuesto a filósofos, catedráticos y ensayistas consagrados recibiendo en Weimar el Premio Internacional de Ensayo”.

Son noticias realmente alentadoras, pero lo definitivo sería que se hablara de “las” mujeres o de “las” feministas colectivamente como se habla de “los” taliban, “los” empresarios, “los” socialdemócratas, “los” jugadores del Real Madrid o de cualquier otro grupo masculino. Eso sería lo políticamente significativo, aunque muchos y muchas no lo consideren lo políticamente correcto.

Sería necesario e imprescindible, ya que el sistema actúa globalmente contra nosotras como grupo. Casi nos sonreímos cuando escuchamos la frase que ha hecho fortuna de “mi marido me pega lo normal”, como algo que no nos atañe, cuando en realidad todas nosotras vivimos en la resignación estúpida y paciente de “el Patriarcado me machaca lo normal”. Mientras no percibamos esta realidad difícilmente podremos reaccionar contra esa violencia organizada que, como “el rayo que no cesa”, marca nuestras vidas.

¿Para cuándo un Renacimiento de las mujeres? ¿Para cuando una revolución de las ciudadanas? ¿Para cuándo una globalización feminista que acabe con este orden perverso? Si este Encuentro sólo va a servir para consolarnos intelectualmente, si se trata de poner paños calientes al

horror...de verdad, preferiría no haber venido porque cada vez tengo más dudas de que las palabras sirvan para algo. Gracias.

Victoria Sendón de León

Conferencia impartida en las II JORNADAS DE CIUDADES CONTRA LA VIOLENCIA HACIA LAS MUJERES.

Fuenlabrada (Madrid) a 29 de noviembre de 2001